

“Fuimos, somos y seremos”:

identidad política de los y las excomunistas en la actualidad¹.

Martín Couto García.

Estudiante de Lic. en Sociología. Facultad de Ciencias Sociales – UdelaR.

martincoutog@gmail.com

Resumen:

El Partido Comunista de Uruguay (PCU) y la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), logró un crecimiento sostenido de su organización e importancia en el sistema político uruguayo desde el viraje de su dirección en 1955 hasta principios de la década del '90.

Es así como, en los convulsionados años '60 uruguayos, los y las comunistas tendrán un rol central en la creciente movilización popular, la unificación del movimiento obrero y la posterior creación del Frente Amplio. De esta forma el PCU llega a finales de la década del '80 con decenas de miles de afiliados, una importante cohesión interna y una disciplina que lo hicieron una organización de izquierda potente.

Producto de múltiples factores, de naturalezas diversas y con impactos distintos, se desata un período de crisis que decantará en alejamientos masivos de la organización de la mayoría de sus afiliados entre 1990 y 1993.

Así se generó una diáspora conformada por lo que llamamos “excomunistas”, que en un importante número no se retirarán de la actividad política.

Estudiar las identidades políticas de esos excomunistas que en la actualidad ocupan cargos de gobierno, dirigen sectores del FA y movimientos sociales, participan en movimientos de base, etc. resulta fundamental como ingrediente para entender la política uruguaya actual, así como para aportar nuevos elementos desde teorizaciones y metodologías distintas a las de “cultura política” al estudio de la acción política desde las subjetividades individuales y colectivas.

Palabras clave: identidad, política, comunista.

¹ Trabajo presentado en el Cuarto Congreso Uruguayo de Ciencia Política, “La Ciencia Política desde el Sur”, Asociación Uruguaya de Ciencia Política, 14-16 de noviembre de 2012).

Introducción.

Este trabajo es un avance de la investigación en curso desarrollada en el marco del Taller central de investigación de la Licenciatura en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales. Actualmente, la recolección de datos ha sido finalizada y está comenzando la etapa de análisis de la información. Por esto, los elementos que seguidamente se presentarán deben ser tomados como preliminares, sujetos de profundizaciones y revisiones posteriores.

El Partido Comunista uruguayo en el siglo XX.

La presente investigación está guiada por el interés de estudiar la identidad política de los y las militantes excomunistas hoy. Para definir el problema de investigación, será necesario caracterizar brevemente al Partido Comunista de Uruguay (PCU), de forma de entender su magnitud dentro de la izquierda uruguaya, así como entender por qué la elección del objeto de investigación. De esta forma, en este apartado desarrollaré los siguientes ítems: i) breve historia del PCU en Uruguay para derivar en ii) crisis del PCU entre 1989-1992; y iii) definición del problema de investigación (identidad política de los y las excomunistas hoy).

El PCU fue fundado en Uruguay el 21 de setiembre de 1920, a causa de una conversión de una parte del Partido Socialista (PS). En 1920, en un congreso del PS en el cual se discutía a qué Internacional adherir, gana una línea mayoritaria que propone la adhesión a la Tercera Internacional (Comunista, impulsada por los comunistas soviéticos). De esta forma, quienes apoyan ese y otros lineamientos, cambian el nombre del Partido y lo llaman Partido Comunista de Uruguay, que adopta como ideología oficial el marxismo-leninismo y establece un extremadamente cercano vínculo con el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y con sus posturas políticas (de Giorgi 2011).

En 1946 el PCU, que era dirigido por Eugenio Gómez desde su fundación, consigue su mayor bancada parlamentaria hasta ese momento: un senador y cinco diputados (lista 63, en la cual se presentaba únicamente el PCU, sin aliados) (Turiansky 2010). Este buen rendimiento electoral, según Wladimir Turiansky (2010), se debió al prestigio que los comunistas habían conseguido a raíz del papel jugado por la Unión

Soviética en la derrota del fascismo y nazismo en la segunda guerra mundial. Este rendimiento no se mantuvo en el tiempo: en 1950 solo retuvo dos diputados².

En 1955, se produce un punto máximo en la crisis interna que vivía el PCU y, argumentando que Gómez había practicado “culto a la personalidad”³, que había confundido al Partido con el movimiento obrero y que la falta de democracia a la interna del PCU era extrema, un grupo de dirigentes encabezados por Rodney Arismendi desplaza a Eugenio Gómez y a su hijo, Gómez Chiribao (junto a quien había gobernado el Partido el primero) estableciendo un proceso de renovación de cuadros dirigentes, de revisión de posturas del PCU, de construcción de una teoría propia que planteara la “vía uruguaya” al socialismo, y que también incluyó una relectura de la historia nacional, pasando a jerarquizar las figuras de Artigas y José Pedro Varela. Es en esta segunda mitad de la década del '50 que se redacta la Declaración Programática – aprobada en el XVII Congreso, de 1958- y la Plataforma Política Inmediata. Ambos documentos establecieron las bases para el desarrollo del PCU. Entre otras cosas, ya en esos documentos se hacía hincapié en la necesidad de trabajar fuertemente en lo que denominaron tres círculos de la táctica: 1- el movimiento sindical, donde se establecía la necesidad imperiosa de unificarlo; 2- la izquierda política, donde se afirmaba la necesidad de trabajar por unir a la izquierda con expresión electoral en un Frente Democrático para la Liberación Nacional; 3- en el Propio Partido, donde se establecía la necesidad de construir un Partido de “cuadros y de masas”, aumentando su cantidad de militantes y su organización (Turiansky 2010).

Atendiendo a estos objetivos trazados en 1956 y 1958, el PCU logra crecer sostenidamente hasta 1973 –fecha del Golpe de Estado cívico-militar. No existen cifras oficiales sobre cantidad de afiliados, lo cual hace que sea complejo cuantificar la magnitud alcanzada por la organización. Lo que sí parece de consenso en la bibliografía consultada es que el PCU logró ser una de las organizaciones más numerosas de la izquierda política –si no la más numerosa- en los años '60, en Uruguay (Markarian en

² Se toman los rendimientos electorales como un indicador de bienestar/malestar del PCU en esos años, solo para indicar lo que se señala, sin perder de vista que para los Partidos de izquierda también era relevante el caudal de militantes, el desempeño en el movimiento sindical, y la cantidad y calidad de los medios de comunicación propios. Es común que, cuando se analizan los períodos de 1950 y las elecciones de la década de 1960 y la elección de 1989, el desempeño electoral tenga un correlato en todas las esferas recién mencionadas (no así el desempeño de 1946, explicado por causas exógenas según Turiansky).

³ Un proceso similar de revisión y críticas se estaba llevando a cabo en el PCUS, luego de la muerte de Joseph Stalin.

de Giorgi 2011; de Giorgi ibídem; Turiansky 2010; Silva Schultze 2009; Scagliola 2005). Sostiene Vania Markarian que solo en 1968 se incorporaron 6000 nuevos afiliados a la UJC, y en 1969, 8000 nuevos afiliados (en de Giorgi 2011: 32). Según Turiansky *“el Partido pasó de tener unos pocos miles, a varias decenas de miles de afiliados, multiplicando asimismo sus estructuras de base y direcciones intermedias y desarrollando medios de prensa y propaganda con un diario, El Popular, de gran difusión, una revista teórica mensual, Estudios, una audición radial, y numerosos periódicos de empresa y barriales. Se transformó en la principal corriente ideológica de la clase obrera, y con una presencia importante y prestigiosa en el medio universitario y en las expresiones de la cultura nacional”* (Turiansky 2010: 56). A su vez, en 1962 ensaya la primera alianza con otras fuerzas de izquierda, y ante la negativa de confluir del PS, funda el Frente Izquierda de Liberación Nacional (FIDEL). Esta experiencia resultó exitosa, aumentando para el PCU el caudal electoral y las bancas en el Parlamento. Sobre la dimensión cuantitativa del PCU en esos años, señala Marisa Silva Schultze que *“esta organización [el PCU] fue el partido legal más numeroso de la izquierda uruguaya hasta 1973, con un peso fundamental en el movimiento sindical, en el movimiento estudiantil y en la gestación y el desarrollo del Frente Amplio en los dos años anteriores al golpe de Estado”* (2009: 28). Otro aporte para comprender la magnitud del PCU y su influencia es el del sociólogo Miguel Serna, quien señala que *“a relevância para a análise do Partido Comunista Uruguaio proveio da centralidade que o memo ocupou enquanto força política majoritária dentro da esquerda, com uma clara definição marxista leninista e, ao mesmo tempo, por causa de sua forte projeção externa no âmbito latino-americano e internacional”* (Serna en Scagliola 2005: 6).

Llegamos a 1989 con un Partido Comunista que, habiendo sufrido la clandestinidad impuesta por la Dictadura, tenía decenas de miles de afiliados y que, en la elección de ese año, logró ser el sector más votado del Frente Amplio (con el lema “Democracia Avanzada”, que incluía al PCU, al FIDEL y a otros aliados), cosechando cuatro senadores –que por la política de alianzas no todos eran comunistas- y diez diputados, representando el 47% de los votos del FA⁴. Es en 1989 también que se inicia un proceso que derivará en la ruptura del PCU, influida por la muerte de Rodney

⁴ Ver Lanzaro (2004: 77). En 1984, el PCU había sido el 28% en la interna del FA. El autor sostiene que hasta 1999 ningún sector había alcanzado esa proporción dentro de la coalición de izquierda.

Arismendi⁵, el proceso de apertura de la URSS denominado “Perestroika” (“reestructuración” en ruso) y la caída del muro de Berlín⁶. Esta crisis terminará aproximadamente entre 1992 y 1993.

Es así como decenas de miles de afiliados se alejan del PCU y la Unión de la Juventud Comunista (UJC). Pues bien, son esos miles de afiliados y afiliadas que compondrán el Universo de estudio de la presente investigación, intentando describir sus identidades políticas actuales para luego analizar si estas se mantienen incambiadas o si, por el contrario, evidencian rupturas con sus identidades políticas mientras eran militantes orgánicos del PCU. También se incluyen en el universo de estudio, con el fin de comparar con las identidades de los excomunistas de forma de aportar a su comprensión, militantes comunistas que hayan ingresado al PCU o la UJC antes de la ruptura y se mantengan afiliados. Como en toda la investigación se le dará un peso importante a la militancia activa como aportadora de elementos a la identidad política, se recortará el universo de estudios incluyendo solo a aquellos excomunistas que ahora posean militancia activa en alguna organización política (sindical, de base –frenteampartista o en movimientos sociales- y personas que desempeñen cargos de gobierno).

De esta forma, el problema de investigación consiste en estudiar las identidades políticas de esos excomunistas desde su ida del PCU hasta la actualidad, analizando rupturas y continuidades con su identidad política mientras eran miembros del Partido Comunista -y con la identidad de quienes, habiendo integrado el Partido antes de su ruptura siguen siendo militantes orgánicos- y relacionándolo con los distintos ámbitos de militancia desde su alejamiento hasta la actualidad. Así, lo que se pretende es, en primer lugar, describir sus actuales identidades políticas, para luego compararlas con la anterior, y con las identidades de los militantes comunistas hoy. Esta descripción se hará en base a los discursos de los protagonistas sobre su identidad.

⁵ Para comprender la dimensión de la figura de Arismendi, y por tanto las repercusiones de su fallecimiento, transcribiré brevemente pasajes que dan cuenta de su prestigio internacional y lo que significaba para los comunistas uruguayos ser liderados por Arismendi. “El nuevo secretario general del Partido Comunista uruguayo, [es] uno de los excepcionales pensadores marxistas que cuenta en América Latina” (Droz, “Historia General del Socialismo” en Silva Schultz 2009: 114). “Rodney Arismendi no fue, entonces, solo el primer secretario de su partido; fue para los comunistas la cabeza pensante, el dirigente valorado y admirado. No se le discutía, no porque no se admitiera la discusión, sino porque se consideraba que no había nada para discutir(le)” (Silva Schultz 2009: 115).

⁶ Subrayo el hablar de influencia, y no de determinación, en el entendido de que un proceso tan complejo no puede ser analizado –tampoco es el objetivo aquí- sin entenderlo como un fenómeno multicausal, y que todavía no ha sido exhaustivamente explicado. Los hechos que se enumeran son puestos simplemente como ejemplo de lo removedora que resultó esta coyuntura para el PCU.

Cabe hacer una digresión que resultará importante para todo el desarrollo de la investigación: los términos “comunistas” y “excomunistas” serán utilizados aquí desde un punto de vista práctico, donde lo que define a quienes se encuentren dentro de una u otra categoría será su militancia orgánica. Serán (o fueron) comunistas todos aquellos que participen (o hayan participado) activamente en la vida del PCU y la UJC, siendo afiliados. A la inversa, son considerados “excomunistas” aquellos que habiendo sido “comunistas” hayan dejado de ser afiliados. Esta definición se hace puramente con fines prácticos, ya que a la pregunta de qué es ser comunista le podrían corresponder innumerables respuestas fundamentadas en definiciones ideológicas, teóricas y éticas, así como de esto se derivarían varias conceptualizaciones sobre cuando alguien deja de ser “comunista”. Por las características del PCU y la UJC, las personas en general se “afilian” y “desafilian” en momentos concretos (a diferencia de otros sectores de la izquierda, donde el ingreso y salida de la militancia es más laxa), por lo que este punto será fácilmente identificable⁷.

⁷ Scagliola señala como criterio para definir a un militante comunista lo siguiente: *“se caracterizó como militantes a aquellas personas que, hallándose afiliadas al PCU o la UJC, concurrían regularmente a las reuniones de los organismos de base y realizaban habitualmente alguna actividad concreta relacionada a la organización partidaria (como ser el trabajo en las finanzas, las tareas de propaganda, la organización de eventos, la venta de la prensa partidaria, etc.)”*. (Scagliola 2005: 44). Creo que esta definición es adecuada para los fines de la investigación.

Antecedentes y marco Conceptual.

Las “identidades” en las ciencias sociales.

El tema de las identidades sociales como objeto de estudio de la sociología (así como de la antropología y otras ciencias sociales) tiene una aparición reciente, aunque se pueden identificar previamente otros trabajos donde el problema de la identidad se encuentra colateralmente, o trabajos donde aspectos de la temática son planteados bajo otras categorías de análisis.

Según Zygmunt Bauman, la primera vez que aparece la preocupación por la “identidad” como tal es con la formación de los estados-nación. Según el autor, a medida que se creaban los estados, concomitantemente, se pensaba y trabajaba en torno a la idea de generar una “identidad nacional” como condición indispensable para el éxito de estas organizaciones (Bauman 2007).

En casi todos los autores contemporáneos aparecen referencias a la obra de Durkheim *Las formas elementales de la vida religiosa*, donde el autor francés estudia la relación entre la sociedad, la religión y el totemismo. A su vez, lo hace desarrollando la categoría de “conciencia colectiva”, lo que también puede ser señalado como “representaciones colectivas”. Sostiene Durkheim que *“es indudable que una sociedad posee todo aquello que se precisa para despertar en los espíritus, por la mera acción que ejerce sobre ellos, la sensación de lo divino, pues ella es para sus miembros lo que un dios para sus fieles”* (Durkheim 1993: 342). Así, es la sociedad hipostasiada la que se aparece a los individuos en forma de tótem. Por tanto, aquí podemos ver que mediante un proceso intersubjetivo, se crea una subjetividad colectiva que por ser compartida por todos los miembros del clan se objetiviza, presentándose como exterior a los individuos del clan.

Será importante también traer la obra de otro “padre” de la sociología contemporánea, Max Weber. Este, a diferencia de Durkheim, entiende que el objeto de esta ciencia es la acción social y el sentido que le dan a ella los actores. Si bien no es explícita la referencia de Weber a las “identidades sociales”, a la hora de que surjan trabajos sobre la identidad estos buscarán recuperar el papel del actor, para lo cual el enfoque weberiano resulta fundamental.

Acercándonos bastante más en el tiempo, pasadas las dos guerras mundiales y entrados los años 60 empieza la preocupación por las identidades en dos sentidos. Uno desde el punto de vista de las transformaciones reales que estaba sufriendo la sociedad y

el otro desde el punto de vista de una necesidad teórica para comprender mejor los cambios que se venían procesando.

Transformaciones en la sociedad.

En cuanto a los cambios surgidos en la sociedad, son varios los autores que hablan de una “crisis de identidad”. Según Margel, *“es en el resquebrajamiento de los tradicionales sistemas de identificaciones, en la conformación de entidades regionales supranacionales –de la cual el MERCOSUR es un ejemplo claro y por mencionar el más próximo a nuestra realidad- en la aparición de ‘expresiones identitarias grupales de pequeña escala y de orientación anti-institucional’ (...) desde donde se caracteriza este proceso como una nueva crisis social”* (Margel 2010: 36). A su vez, Giménez afirma, sobre los efectos, que *“esta crisis afecta, por un lado, a todo el sistema de identidades tradicionales en los países en desarrollo bajo el desafío de la ‘modernización’; y por otro, al sistema de identidades ideológicas, políticas y hasta religiosas que se habían configurado en el escenario internacional a partir de la segunda guerra mundial y que han terminado por desmoronarse bajo los embates de la guerra fría”* (Giménez 1992: 184). Así, esta nueva crisis está caracterizado por tres fenómenos que ocurren concomitantemente: por un lado, el proceso de globalización por el cual las identidades locales se ven en riesgo frente a una posible uniformización cultural a nivel global; por otro lado, el surgimiento de identidades locales que, resistiendo al proceso globalizador, reclaman para sí una especificidad que deben reforzar; en tercer lugar, surgen movimientos sociales (estudiados en profundidad, entre otros, por Alain Touraine) que ya no poseen en sus reivindicaciones cuestiones ideológicas propias de la Guerra Fría (como un cambio total en la sociedad) sino que luchan por reivindicaciones sobre temáticas específicas.

Para comprender la magnitud que han tenido los cambios en la sociedad, y sobre todo, la importancia que se le ha dado a estos cambios desde la teoría social, convendrá citar aquí breves caracterizaciones de Manuel Castells y Anthony Giddens sobre el estado actual de las sociedades y los fenómenos que reestructuran elementos claves de la vida en sociedad. Según Castells, estamos ante una nueva forma de sociedad, la “sociedad red”: *“la revolución de las tecnologías de la información y la reestructuración del capitalismo han inducido una nueva forma de sociedad, la sociedad red, que se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas desde el punto de vista estratégico, por su forma de organización en redes,*

por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes, interconectados y diversificados, y por la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal” (Castells 2001: 23). A su vez, Giddens afirma que *“el mundo de la modernidad reciente se extiende, sin duda, mucho más allá del medio de las actividades individuales y de los compromisos personales. Se trata de un mundo repleto de riesgos y peligros al que se aplica de modo particular la palabra ‘crisis’”* (Giddens 1997: 23). A su vez, Giddens afirma que en el estado actual de cosas, los individuos deben tomar decisiones todo el tiempo sobre cómo vivir, cuestión vinculada a la reflexividad creciente (entendida esta como incluyendo una puesta en cuestión de todo y todos). Con las citas de estos dos autores podemos observar como desde la teoría social se caracteriza a la sociedad actual como una sociedad que ha sufrido transformaciones radicales, que reconfiguran la manera de vivir en sociedad drásticamente, y que por tanto, no le queda grande la etiqueta de “crisis” a la hora de caracterizarla.

Necesidad teórica.

Señalaba que a la cuestión de los cambios en la sociedad se le agregaba otro elemento para explicar la aparición de la preocupación por parte de la ciencia por el tema de las identidades sociales. Así, a instancias de varias corrientes teóricas (como el interaccionismo simbólico) se da una reacción a los estructuralismos (como el parsoniano) que intentan devolver el papel del sujeto como actor protagónico, y no como mero medio de expresión de las determinaciones estructurales. Así, lo que se presenta en la discusión de la teoría social es lo que se ha llamado un “retorno del sujeto” (Giménez 1992).

El desarrollo teórico en torno a la categoría analítica de “identidad social” es ubicado, por Giménez, dentro de un desarrollo teórico más amplio, el del actor social. *“En efecto, la identidad constituye la dimensión subjetiva de los actores sociales que en cuanto tales están situados ‘entre el determinismo y la libertad’. Es decir, se predica siempre como un atributo subjetivo de actores sociales relativamente autónomos, comprometidos en procesos de interacción o de comunicación”* (Giménez 1992: 187). Como se verá, tampoco esta batalla contra los determinismos asumirá, en la actualidad, una posición que le adjudique al autor una autonomía absoluta, libre de toda clase de

incidencias del entorno en el que desarrolla la acción. Ahora bien, esto último aparece como síntesis de la oposición determinismo-individualismo, y no desde el inicio. Es decir, al determinismo se le opone, en primer lugar, el interaccionismo simbólico, quien sí se sitúa en el polo opuesto a las corrientes que pretendía enfrentar. Así, si en un polo ubicamos a Talcott Parsons (donde individuos internalizan roles y status y los reproducen), en el otro deberemos situar a los interaccionistas simbólicos. Pues bien, en el intento de síntesis Giménez señala, por ejemplo, al autor Ralph H. Turner, quien *“destaca que la identidad es a la vez factor determinante y producto de la interacción social”* (Giménez 1992: 196-197). A modo de resumen, y siempre –en este punto- con Giménez, *“el desafío consiste en superar este dilema manteniendo la libertad (siempre relativa) del sujeto, pero sin diluir la consistencia y el espesor de su identidad”* (Giménez 1992: 197).

Estudios de las identidades políticas.

Al momento de buscar productos científicos dentro del campo de “identidad política” se hace difícil encontrar trabajos que se ubiquen dentro de esta etiqueta. Sin embargo, la producción en torno a la categoría de análisis de “cultura política” es numerosa, y como se verá en el desarrollo de este apartado, las formas de conceptualizar “cultura política” e “identidad política” son muy similares, llegando a veces a encontrar definiciones que, en mi opinión, servirán tanto para la categoría de “cultura política” como de “identidad política”.

Un estudio pionero es el trabajo de Gabriel A. Almond y Sidney Verba (1982). Si cotejamos las definiciones de Almond y Verba con la incorporación del concepto de habitus al estudio de las identidades hecha por Margel, se verá la cercanía entre “cultura política” e “identidad política”. También será revisado el trabajo de Rafael Bayce (1989); ambos trabajos (el de Bayce y el de Almond y Verba) terminan por analizar la cultura política de un Estado o una sociedad en general, no abarcando la perspectiva de las distintas culturas políticas dentro de un Estado y sus relaciones concordantes o discordantes. Esta distinción entre cultura política (en general, de una sociedad) y “culturas políticas”, servirá para ilustrar la razón por la que prefiero hablar de “identidades” y no de “identidad”, en el entendido de que en el presente trabajo me propongo analizar las distintas configuraciones identitarias comunistas de nuestra sociedad, no buscando generalizaciones en extremo simplificadas (y que seguramente

terminarían siendo simplistas) para terminar hablando de una identidad comunista y de una identidad excomunista.

Rosario Beisso y José L. Castagnola (1988), en su trabajo “Identidades sociales y cultura política”, conjugan las dos nociones antes utilizadas (cultura e identidad política). Afirman que el individuo, en la actualidad, participa en múltiples espacios de interacción, lo que implica que en un individuo conviven distintas lealtades y adhesiones hacia distintos espacios políticos. Así, sostienen que el individuo debe realizar un proceso tendiente a compatibilizar dichas adhesiones y lealtades, de forma de reducir las contradicciones que se pudieran generar. Es este proceso de compatibilización el que los individuos señalan como el proceso por el cual se conforman las distintas identidades sociales. Sobre la relación entre la conformación de la identidad y la práctica, podemos subrayar que los autores también combinan una concepción de la identidad como recurso y como integración: *“el proceso de conformación de identidades sociales, así entendido, supone el manejo por parte de los sujetos de marcos de referencia culturales que les aportan criterios y valores compartidos y compatibles con otros”* (Beisso y Castagnola 1988: 10). Hay dos categorías de análisis que introducen los autores que, por su importancia –tanto en las citas de trabajos posteriores como por el tema elegido en este trabajo- parecen importantes. La primera de ellas es la de identidad “politicocéntrica”, sosteniendo que la sociedad uruguaya en particular sobredimensiona lo político y lo jerarquiza por sobre otras lealtades y adhesiones: *“las lealtades político-partidarias constituyen un eje dominante –en relación con otras adhesiones, lealtades y pertenencias- en el proceso de conformación de identidades sociales de los uruguayos”* (Beisso y Castagnola 1988: 10). Otra categoría (no utilizada como tal pero que será de utilidad para nuestro trabajo) es la de “códigos de traducción”. Sostienen los autores que cuando hay una identidad dominante en los individuos que subyuga a las otras, se aplican códigos de traducción para que el individuo pueda, con los esquemas mentales propios de una identidad, actuar en otros planos no directamente vinculados con esa identidad.

Existen tres trabajos más sobre la cultura política donde se aborda el mismo colectivo que me planteo abordar en mi trabajo: el PCU (y UJC) y sus militantes. Por un lado, Marisa Silva Schultze, se propone estudiar en “Aquellos comunistas”, el modo de ser de los militantes comunistas uruguayos, en el entendido de que estos estructuraban toda su vida (la vinculada a lo político y la privada en todos sus ámbitos) en torno a su identidad comunista: *“lo político, entonces, no era una esfera separada, distinta de su*

vida personal. Lo político era, para los que se concebían como revolucionarios, lo central de su existencia y lo que impregnaba el conjunto de su vida privada” (Silva Schultze 2009: 16). A su vez, sobre la identidad política de los comunistas como ordenadora de todas las esferas de su vida, José Rilla sostiene que *“tal como se cristalizó en el leninismo, más que un ordenamiento cognoscitivo de la realidad, [el marxismo] representa una ordenación existencial y hasta cierto punto moral de la vida del militante: biografía e historia se encuentran, lo que es verdadero también es cierto, sentido de la vida y sentido de la sociedad se confunden”* (Rilla en Silva Schultze 2009: 20).

En segundo lugar, la politóloga Ana Laura de Giorgi, en su tesis de maestría *“Las tribus de la izquierda. Bolches, latas y tupas en los 60”*, analiza a los militantes de estas tres organizaciones. Sostiene que *“María Matilde Ollier considera que la identidad está compuesta por el universo ideológico, los valores y las prácticas políticas. Coincidiendo en parte con esta autora se estudiaron aquí los últimos dos componentes, que se entienden como definitorios de la cultura política”* (de Giorgi 2011: 17). Fundamenta la autora su elección metodológica de entrevistas a militantes de estas organizaciones sosteniendo que *“para conocer y comprender la cultura política de las organizaciones de izquierda debemos comprender cómo sus integrantes estructuran sus preferencias (...) de acuerdo a particulares escalas de valores, y cómo actúan dentro de ciertos códigos culturales de comportamiento (...) cómo producen y reproducen ciertas prácticas”* (de Giorgi 2011: 193).

Por último, Miguel Sacgliola, en su tesis de grado *“La política como modo de vida. Un estudio de la militancia comunista de los años 1968/1973 desde la Cultura Política”* (Sacgliola 2005) analiza los modos de ser de los y las militantes comunistas entre los años 1968 y 1973, realizando entrevistas biográficas en profundidad a integrante del PCU y la UJC de esos años, describiendo sus identidades, haciendo uso de la categoría de *“identidad politicocéntrica”* de Beisso y Castagnola, referida antes en este trabajo, para explicar cómo el estudio de las identidades políticas de esos militantes es útil para dar cuenta de sus identidades sociales en general.

Identidades según las ciencias sociales.

En el presente apartado, la exposición se desarrollará como sigue: en primer lugar se realizará un repaso sobre las distintas conceptualizaciones sobre las identidades sociales para, en segundo lugar, sintetizar lo anterior con una definición propia. En

tercer lugar, me centraré en la discusión sobre las identidades políticas y cultura política; en cuarto lugar, y como resumen de lo anterior, ajustaré la definición de identidades sociales desarrollada en el segundo paso a las identidades políticas en particular.

Parece conveniente empezar a tratar el tema de las identidades sociales en general por la discusión de Ilán Bizberg con el posmodernismo y el narcisismo, corrientes que se ubican muy cercanas al polo individualista (dentro de un continuo que va desde un extremo “determinista”, donde el sujeto solo reproduce elementos de la sociedad internalizados, y otro extremo “individualista”, donde el individuo no está condicionado en lo más mínimo a la hora de realizar una acción en la sociedad). Así, el posmodernismo asume que estamos viviendo el fin de los social, en donde, por tanto, de poco vale el cuestionamiento a un orden social específico. El individuo deberá omitir el cuestionamiento a su entorno con el fin de programar acciones tendientes a la transformación de su mundo, para intentar, tomando al mundo como dado, maximizar sus beneficios. Es decir que, para el posmodernismo, la cuestión del orden social no le interesará al individuo, sino que solamente este intentará actuar de forma de mejorar su posición dentro del sistema en que está inmerso. A su vez, la corriente narcisista reacciona contra el estado actual de cosas planteando que el individuo debe romper con determinadas pautas y valores (sobre todo la hegemonía de la racionalidad instrumental) para volver a un estado anterior, que asemejan a un estado más parecido, más cerca de la esencia, del ser humano.

Bizberg sostiene, en primer lugar, que solo el concepto de individuo no es suficiente para entender a la acción social (Bizberg 1989). Por tanto, la categoría de análisis que él pretende integrar es la de “identidad”, como aquello que relaciona al individuo con “el mundo de la vida”, con algo exterior. De esta forma, Bizberg postula que, por una parte, el individuo, al constituir su identidad, su imagen de “sí mismo”, está actuando sobre ese “sí mismo”. Ahora bien, ese “sí mismo” no es uno esencial y ahistórico, sino que es producto del contexto histórico en el que se desarrolla, y por ende, tenemos a un actor que trabaja sobre un “sí mismo” histórico. Por otro lado, afirma que tampoco alcanza con observar lo anterior, sino que el solo hecho de este trabajo implica la actuación del actor sobre el mundo. Con este trabajo, el actor está definiendo su historia, en relación con el mundo, y su actuación sobre su “sí mismo” se da en el mundo. Está desarrollándose tanto en el plano subjetivo como objetivo. De esta forma, a la ecuación se le suma, tanto la reflexión del individuo sobre “sí mismo” como

su salida al mundo. Hace falta, también, una última digresión: ¿cuál es el carácter de ese mundo? Apoyándose en los desarrollos de la fenomenología (pero criticando postulados extremos de ésta) Bizberg sostiene que el actor define al “mundo” con el que actúa. Esto tampoco quiere decir que el “mundo” sea totalmente creado por el actor, sino que a ese “mundo” exterior el actor lo moldea según sus percepciones, sus valores, sus sentimientos, para darle un carácter propio a ese “mundo” al que dirige su acción. Será importante incorporar la categoría de “intencionalidad”: *“la capacidad de síntesis no-teórica, no-temática, de toda experiencia”* (Bizberg 1989: 510).

El sociólogo francés François Dubet plantea tres niveles de la identidad que resultan esclarecedores tanto como forma de mapear las distintas producciones teóricas y desentrañar las concepciones que las sustentan como para estudiar las identidades sociales. Según Dubet existen tres formas de concebir a la identidad: i) como integración; ii) como recurso y iii) como compromiso (Dubet 1989).

La identidad como integración implica la internalización por parte del actor de los roles y estatus que la sociedad le indica, conformando su personalidad según la posición que aprehende en su socialización, por lo que esta cara de la identidad implica el elemento estable de la personalidad. De esta forma, si hablamos de una crisis en la identidad como integración, estamos próximos a la producción de Durkheim sobre el suicidio anómico. Si la anomia en el actor se produce por el debilitamiento de las normas internalizadas así como por la contradicción de la sociedad al indicar las normas a las que atenerse, de lo que estamos hablando es de una crisis en la identidad como integración del actor.

En segundo lugar, la identidad es concebida como recurso. Aquí podemos ver que las posiciones posmodernas y narcisistas que combate Bizberg se anclan en concebir la identidad de esta segunda forma. Esta cara de la identidad implica concebir al individuo como utilitarista, que no solo incorpora las normas y valores sociales, sino que moldea su definición de “sí mismo” para maximizar los beneficios de su acción. Esta segunda concepción de la identidad dota de mayor autonomía al actor, donde este utiliza su identidad como una forma de obtener beneficios. A esta forma de entender la identidad le corresponde no tanto una visión de la sociedad como estructura con normas y valores (como corresponde a la primera “cara” de la identidad) sino como mercado.

En tercer lugar, la identidad es concebida como compromiso, es decir que el actor independientemente de los roles y estatus que haya internalizado y de utilizar su identidad como recurso, se compromete con determinados principios culturales y obra

en consecuencia. Aquí podríamos ubicar la producción teórica de Alain Touraine, quien estudia a los movimientos sociales como espacio en que los individuos se proponen trabajar históricamente sobre la sociedad.

Ahora bien, estas tres concepciones de la identidad, según Dubet, no deben verse como excluyentes o contradictorias, sino que corresponden a tres niveles de la identidad del actor y a tres niveles de la acción. Dubet, entonces, plantea una síntesis de los tres anteriores, concibiendo al estudio de la identidad considerando los tres niveles, y no optando por uno y rechazando otro⁸. Así, el individuo se integra a una sociedad, pero intenta maximizar beneficios y también se compromete para dirigir su acción. De hecho, y a modo de ejemplo de cómo integrar estas tres concepciones, un individuo que se proponga realizar un trabajo histórico (del tipo del descrito por Touraine) va a necesitar, indefectiblemente, maximizar beneficios para conseguir que su trabajo consiga de forma más eficaz los objetivos trazados.

Creo que una buena síntesis de la definición de la categoría de identidad y sus múltiples facetas la aporta el trabajo del sociólogo mexicano Gilberto Giménez (1992). El autor sostiene que la identidad no implica un conjunto de datos objetivos, sino una selección subjetiva por parte del actor de algunos datos que conformarán la imagen de “sí mismo”. Así, en primer lugar hay que diferenciar la identidad para el actor (que contiene los datos convertidos en valor) de lo que el actor es objetivamente (el conjunto de datos que lo define). En segundo lugar, afirma Giménez que la identidad emerge de la intersubjetividad. En este sentido será importante incorporar la obra de Axel Honneth (1997), quien trata el reconocimiento como propio de la interacción intersubjetiva, donde el actor se reconoce a sí mismo porque, a su vez, es reconocido por otro. En tercer lugar, según Giménez, la identidad implica la organización del sujeto de las representaciones sociales, definidas estas como “*campos conceptuales o sistemas de nociones que sirven para construir la realidad*” (Giménez 1992: 188). Existen tres fuentes de las representaciones: la experiencia, la matriz cultural y la ideología. A su vez, las representaciones se estructuran en base a dos principios (donde podemos ver la presencia clave de la intersubjetividad antes señalada): en primer lugar, el autor utiliza

⁸ Puede ser materia de discusión si Dubet plantea tres niveles de la identidad o cuatro. A nuestro entender, el autor plantea que existen esos tres niveles, y no cuatro, ya que lo que podría aparecer como cuarto nivel es en realidad una síntesis planteada por el autor sobre cómo estudiar la identidad observando y considerando los tres niveles a la vez. La siguiente cita fundamenta esta opinión: “*cada sociedad, en todo caso cada sociedad histórica, pone en movimientos tres formas de relación social que se corresponden con tanto niveles de la acción*” (Dubet ob. cit: 535).

la identidad para diferenciarse de otro; en segundo lugar, la identidad representa un factor de “integración unitaria”, por el cual se subsumen diferencias entre los individuos para unirse tras de una conformación identitaria común. Según Loredana Sciolla (citada por Giménez), existen tres dimensiones de la identidad: la locativa, por la que un individuo se ubica en un tiempo y espacio; la selectiva, por la que un individuo escoge entre distintas alternativas en función de sus preferencias; y la integrativa, por la cual el individuo puede, en base a un marco interpretativo, integrar cuestiones ocurridas en experiencias pasadas y futuras. Para terminar, será importante observar la conexión que realiza el autor entre las identidades y los aspectos del cambio en las sociedades actuales: *“la dinámica de la identidad moderna, cada vez más abierta, proclive a la conversión, exasperadamente reflexiva, múltiple y diferenciada, se desarrolla en un vaivén interesante entre expectativas demasiado elevadas, inducidas por la misma amplitud de las posibilidades, y frustraciones y fracasos inevitables, generados por la escasa capacidad para actualizarlas”* (Giménez 1992: 198).

A modo de síntesis, y resumiendo los desarrollos teóricos antes comentados, definiré “identidades sociales” como: la selección subjetiva de las significaciones, representaciones y valores, que conforman la imagen de sí mismo del actor, que emergen de la intersubjetividad y que implican la organización por parte del sujeto de los *“campos conceptuales o sistemas de nociones que sirven para construir la realidad”* (Giménez 1992: 188), surgidas de la experiencia, la matriz cultural y la ideología y estructuradas en base a dos principios: diferenciación de un otro e integración a un otro. A su vez, la identidad actúa en tres niveles de la acción: integración del actor en su medio social, sirviendo como recursos estratégicos para la acción y comprometiendo al actor. Así, la identidad implica un importante a priori para la acción del actor, y es modificada en el curso de la acción, según las síntesis que haga el individuo de esa acción y sus resultados.

Como se verá en la definición anterior, en el presente trabajo optamos por ubicar a la identidad en el actor, luego de haber pasado por un proceso intersubjetivo. Esta decisión teórico-metodológica es tomada a los efectos de vincular la presente investigación y su metodología con la noción de identidades sociales. Sin embargo –sin poder ser tajante- entiendo que la identidad –desde un punto de vista teórico- debiera ubicarse siempre en la intersubjetividad no pudiendo concentrarse en el individuo, ya que esto haría perder la idea de que las identidades son negociadas, disputadas y transadas con un alter (que puede ser otra subjetividad, una subjetividad colectiva o un

objeto). Como a los efectos de la presente investigación se ligan las nociones de identidad e imagen de sí mismo, se hará un esfuerzo particular en el análisis y las conclusiones por hacer omnipresente al proceso intersubjetivo productor de las identidades, de forma de mitigar los riesgos de la decisión antes expuesta.

A la definición anterior habrá que incluirle “lo político”, para concluir con una definición de “identidad política”. Para este cometido, recurriré al desarrollo teórico en torno al concepto de “cultura política”.

Un trabajo pionero dentro del estudio de la cultura política (y citado por quienes han desarrollado esta línea de investigación) es el de Gabriel A. Almond y Sidney Verba. Estos definen a la cultura política como “*orientaciones específicamente políticas, posturas relativas al sistema político y sus diferentes elementos, así como actitudes relacionadas con la función de uno mismo dentro de dicho sistema. (...) Es un conjunto de orientaciones relacionadas con un sistema especial de objetos y procesos sociales*” (Almond y Verba 1992: 179). A su vez, estos autores sostienen que, tomando a Parsons, la cultura política incluye tres tipos de orientaciones: la cognitiva, que implica un conjunto de conocimientos y saberes sobre lo político; la afectiva, que contiene aspectos emotivos y sentimentales hacia lo político; y la evaluativa, que contiene opiniones y juicios.

Para profundizar aún más en el tratamiento de la cultura política, resultará interesante ver como define Rafael Bayce a “lo cultural” y a “lo político”. Este autor, en su trabajo “Cultura política uruguaya. Desde Batlle hasta 1988”, define “lo cultural” en base a tres principios: como opuesto a lo heredado, lo natural; como generado y transmitido; y como normativo en “*el comportamiento social y los productos real-materiales y real-ideales de esos significados, símbolos y artefactos*” (Bayce 1989: 7). A su vez, el autor define a “lo político” tomando la definición weberiana de poder, donde la disputa por éste configura relaciones sociales tendientes a obtener el control del aparato estatal. A esta definición, Bayce le llama política formal, incluyendo también dentro de “lo político” a lo informal, vinculado a las relaciones de poder en donde los individuos o colectivos intentan generar asimetrías que les permitan controlar las acciones de otros en la esfera privada, o en espacios públicos distintos del Estado.

Luego de este repaso, podremos definir “identidad política” como: la selección subjetiva de las significaciones, representaciones y valores que conforman la imagen de sí mismo del actor como actor político (actor disputando poder con otros actores), que emergen de la intersubjetividad y que implican la organización por parte del sujeto de

los “*campos conceptuales o sistemas de nociones que sirven para construir la realidad*” (Giménez 1992: 188), surgidas de la experiencia, la matriz cultural y la ideología y estructuradas en base a dos principios: diferenciación de un otro e integración a un otro. A su vez, la identidad política actúa en tres niveles de la acción política: integración del actor en lo político, sirviendo como recursos estratégicos para la acción política y comprometiendo al actor con determinados principios o valores sobre lo político y con determinados colectivos organizados en función de incidir en política. Así, la identidad implica un importante a priori para la acción del actor (como sujeto político), y es modificada en el curso de la acción, según las síntesis que haga el individuo de esa acción y sus resultados.

Observando la definición anterior, que será la que ilumine conceptualmente esta investigación, se verá que la identidad política es la identidad del actor (en general) puesta en juego en la acción política. Esto implica que no se podrá dividir a la identidad en “subidentidades”, una de ellas la política, sino que es la totalidad de la identidad que se relaciona con la actividad política del actor. No obstante lo anterior, no se pretende afirmar aquí que todos los componentes de la identidad sean puestos en juego en todas las acciones con la misma fuerza, sino que la propia acción podrá incidir en la acentuación de unos elementos por sobre otros.

En la presente investigación, la relación entre las identidades sociales y la práctica de los actores resultará central, por lo que, en este párrafo, me propongo analizar las conexiones que los distintos teóricos han realizado entre las conformaciones identitarias y los efectos que tienen estas en la estructuración de las prácticas del actor. Margel (2010) utiliza el concepto de “habitus” de Bourdieu, para analizar esta conexión. Habitus es definido por Margel como “*un conjunto de relaciones históricas depositadas en los individuos bajo la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción [lo que] conjuga, por una parte, aquellos elementos subjetivos que se integran y que conformando tales esquemas mentales orientan la percepción*” (Margel 2010: 69). Así, el habitus incluye tanto los elementos integrativos como los utilizados como recurso para la acción (Dubet), así como sirven a la hora de trabajar sobre la realidad en arreglo al compromiso de los actores. Sobre la relación entre identidad y acción, Giménez sostiene que “*los procesos de decisión pasan a través de la identidad, es decir, que el individuo ordena sus preferencias y escoge entre diferentes alternativas de acción en función de su identidad. Por lo tanto, en principio es posible imputar un determinado tipo de identidad a un actor social a partir de la observación*

de ciertas características de la acción (...) en un determinado contexto cultural” (Giménez 1992: 193). Esta imputación a la que hace referencia Giménez es la que me propongo realizar mediante los discursos de los individuos que serán unidades de observación sobre sus prácticas en torno a lo político.

Objetivos.

La investigación persigue el siguiente objetivo general:

- Describir las identidades políticas actuales de los y las excomunistas, a partir de los discursos de los protagonistas sobre sus valores y prácticas, comparándola con la identidad política que poseían mientras permanecieron en el PCU.

De este objetivo general, se desprenden los siguientes objetivos específicos:

- Describir la identidad política de los y las militantes posterior a su retiro del PCU, atendiendo principalmente a las prácticas y valores de estos. De esta forma, se construirán tipos para compararlos y ayudar a la comprensión de las identidades políticas actuales.
- Analizar rupturas y continuidades de la nueva identidad política con respecto a la anterior, haciendo hincapié en las diferencias en prácticas y valores componentes de la identidad política (si existieran).
- Analizar similitudes y diferencias de las identidades de excomunistas con las de comunistas en la actualidad.
- Analizar el papel de los lugares de militancia posteriores a su ida del Partido Comunista en las discontinuidades observadas en su identidad política.
- Comparar los fines últimos de la militancia –en base a los discursos de los actores y al análisis de los mismos- (por ej., revolución hacia el socialismo, reformas en el capitalismo, etc.) en el período anterior y posterior, observando si estos cambiaron o no a partir de su retiro del PCU para, entonces...
- ...relacionar la identidad política de los militantes con los fines, y sobre todo los fines últimos, que se persiguen con la militancia. Esto para desentrañar cómo el *para qué* militar incide en el *cómo* militar.

Hallazgos preliminares.

En este apartado presentaré, de forma preliminar, los hallazgos producto del análisis de la información obtenida mediante la técnica de entrevistas en profundidad. Así, expondré los elementos más notorios surgidos de un primer análisis, quedando pendiente una lectura exhaustiva de la información obtenida, de manera de complejizar el análisis así como estar abiertos a la posibilidad de hallar nuevos elementos.

Descripción general del discurso de los entrevistados.

En el presente apartado adelantaré los rasgos de las identidades políticas de los y las excomunistas más notorios, y que por ello surgieron en el primer análisis de las desgrabaciones. A su vez, intentaré esbozar explicaciones a algunos de los fenómenos señalados o, por lo menos, itinerarios para la explicación de los fenómenos.

En primer lugar, los y las excomunistas entrevistados tienen discursos extremadamente densos, tanto en el tiempo de respuesta de las preguntas como en los niveles de reflexión presentes, en las categorías conceptuales utilizadas y en las preguntas que aparecen implícitas y que los y las entrevistadas intenta responder-se.

Esta densidad de los discursos tiene una sola excepción. Al momento de preguntarles por el proceso de ruptura del PCU y la UJC vivido a finales de la década del 80' y principios de los 90'⁹, todas las respuestas cambiaban de nivel del discurso: en este caso, aludían a sentimientos personales, y no, como en el resto de las respuestas, a reflexiones políticas generales, conceptuales. Sin embargo, esta pausa en la reflexión para dar paso a la emoción no perduraba: luego de las primeras palabras, la respuesta volvía a ubicarse en el nivel de toda la entrevista. Algunas de las respuestas dadas a esta pregunta fueron: *“muy amargamente”* (E. 3). *“Con mucha angustia en primer lugar, mucho desconcierto”* (E. 6). *“Para empezar, lo viví muy intensamente”* (E. 8). *“Dramáticamente. Fue contra mi salud, me enfermé, perdí amigos de toda la vida”* (E. 4). Este tipo de respuestas no es patrimonio solo de los y las excomunistas. Una

⁹ Exactamente la pregunta que se realizaba era: “¿Cómo viviste el proceso de ruptura del PCU? ¿Que significó para vos?”. Si bien la pregunta interrogaba sobre un nivel personal y vivencial, la mayoría de las restantes también lo hacía, por lo que la excepcionalidad en este caso constituye un dato a analizar.

comunista actual respondió¹⁰: “*Muy mal, muy dramáticamente. En realidad pusimos todo, es decir, de lo que estábamos hablando y de lo que estábamos intentando analizar era nuestra propia vida*” (E. 1 –comunista actual-). De lo anterior podemos decir que solo un momento como la ruptura hizo que los y las excomunistas hablaran de sí mismos en primer lugar, y hablaran desde sí mismos. Así que, si miramos el negativo de la foto, vemos que los y las excomunistas siguen hablando desde el lugar de militantes políticos, aún cuando se pregunta sobre la relación entre la política y su vida privada. Para empezar a explicar este elemento hay varias puntas: el sentido extremo de la responsabilidad de los militantes, donde eran en primer lugar un agente político y luego un individuo; la educación comunista que hacía que la aplicación de la línea partidaria a realidades concretas (locales, regionales) fuera un cualidad que los y las comunistas debían tener y para ello había que mirar la política para realizar diagnósticos lo más rigurosos posibles (científicos en el sentido que el PCU usaba al concepto de ciencia); la necesidad de, como poseedores de la verdad aportada por la ciencia correcta, dar respuestas donde fuera y a quien fuera, estando siempre preparados¹¹. Es decir que estos rasgos podrían mantenerse en los y las excomunistas en la actualidad, lo que indica la contundencia de la socialización de los y las militantes en el PCU y la UJC para la actividad de estos en la actualidad.

Lo antes señalado señala otra característica de las identidades de los y las excomunistas: mantiene el propósito por el cual discutían. Se discutía para resolver y se resolvía para actuar sobre la realidad y transformarla (ver los autores ya citados sobre los comunistas uruguayos). Así, si la discusión es para transformar la realidad resulta entonces esperable que los y las excomunistas respondan desde el lugar de individuos que diagnostican, y que además lo hacen de forma pretendidamente compleja y profunda.

Vinculado a esto, señala un entrevistado que los y las comunistas y excomunistas no pudieron realizar síntesis de lo vivido en la ruptura. Esto evidencia la necesidad de los y las excomunistas de hacer síntesis, de que la discusión termine con un resumen que permita luego accionar.

¹⁰ A los efectos de poder comparar se incluyeron en la muestra integrantes actuales del PCU que se haya afiliado antes de 1985. A su vez, también se confeccionó un tipo promedio de identidades políticas de los y las comunistas antes de la ruptura.

¹¹ “Yo tomo partido hasta por la orientación del viento”. Así empieza un poema del poeta comunista uruguayo Carlos Chassale.

Hasta aquí se han desarrollado elementos a los que se le puede adjudicar un origen en la socialización de los y las excomunistas durante su paso por la vida orgánica del PCU y la UJC. Sin embargo, los y las entrevistados manifiestan algunas preocupaciones en el plano de las ideas muy marcadas: revalorizan la democracia uruguaya (esa que antes era llamada –despectivamente- democracia burguesa). Revisan el lugar del individuo en la sociedad, en la teoría y en la estructura. Vinculado con lo anterior, revisan la relación entre la parte de su vida vinculada a la militancia política y la que no está directamente vinculada al activismo (lo que implica preguntarse si los y las excomunistas no ponen en cuestión que posean “identidades politicocéntricas”). Antes de comentar algunos de los rasgos señalados en este párrafo argumentaré por qué, para la presente investigación, se decidió analizar los debates que los entrevistados presentaban en un nivel conceptual. Luego, desarrollaré dos unidades temáticas: excomunistas y la libertad y excomunistas y la democracia.

El papel de la ideología¹².

Para los objetivos de esta investigación resulta fundamental incorporar en el análisis a la ideología, no como integrante de la identidad política de un individuo, sino como buena informante –para el caso de nuestra población de estudio- sobre las prácticas que los individuos iban a desarrollar en su militancia.

Esta importancia de la ideología debe entenderse en el contexto de mitades del siglo XX, con una ciencia fetichizada y la idea de progreso como lugar a donde llegar todavía no cuestionada para el marxismo-leninismo, etc.

Resulta fundamental dar cuenta de esta preponderancia de la ideología ya que esta es la principal fuente de insumos para la identidad comunista. Así, sostiene Alberto Suárez que “el comunista es esculpido por el Partido” (en Silva Schultze 2009: 25). Es decir que, había definido –en el plano ideal- un modo de ser comunista, que era el modo de ser revolucionario, y que se debía llevar a la práctica, formando a los militantes. Y se debía formar, a su vez, porque el militante llegaba a la organización con muy pocos recursos de los que después iba a recibir del Partido. Así, llegaba por distintas vías, siendo el ingreso por conocimiento y adhesión a la ideología marxista-leninista no significativa.

¹² El recientemente publicado libro de Adolfo Garcé (2012) *La política de la fe. Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU 1985-2012* resulta un insumo importantísimo no solo para trabajar sobre la trayectoria del PCU sino para vincular a esta con la configuración ideológica inicial y los avatares de la teoría, en particular, en el período de la ruptura del PCU y la UJC.

La convicción en que el cambio era posible y dependía de la acción cotidiana de los militantes organizados, hacía que la realidad fuera definida teóricamente. Así, la teoría definía el deber ser, y si este deber ser no se confirmaba en la realidad, había que trabajar sobre ella para lograr que teoría y realidad coincidieran. También esto jugó para la identidad comunista: había un deber ser comunista, y había que hacer que cada militante estuviera cada vez más cercano a ese deber ser: “identidad e ideología se superponían. No había varios modos de ser comunista” (Silva Schultz 2009: 52). Prueba de esto es que la identidad del PCU era taxativamente definida en el estatuto emanado del XIX Congreso, de 1966.

Una primer alerta es necesaria e imprescindible: el plantear que no había varias formas de ser comunista, sin la debida conceptualización, es un extremo falso. Es decir, claramente la identidad comunista estaba fuertemente definida teóricamente y era así trabajada para que se concretara. Sin embargo, no había, estrictamente, solo un modo de ser comunista. No era lo mismo ser un dirigente intermedio (es decir, un dirigente de un organismo, de un seccional, etc.) con inserción en la Universidad de la República, que ser uno de la esfera sindical. Naturalmente, existían distintas especificidades. Habían trabajadores, estudiantes, intelectuales, etc. Y eso era deseado. Igualmente existían prácticas y valores compartidos que eran muy fuertes (disciplina, entrega, estudio, sacrificio, estudio, teoría, etc). Además, el permitir las diferencias se explica porque con comunistas en todos lados, el Partido entendía que estaba en todos lados. Igualmente, lo que interesa resaltar aquí es que había un perímetro que definía un modo de ser comunista, y dentro del cual se desarrollaban las distintas especificidades. Lo realmente interesante -por útil para analizar- es ese perímetro, por encima de las especificidades.

A su vez, la experiencia vino a acentuar y confirmar algunos rasgos de la ideología. A modo de ejemplo, señala Silva Schultz que el que los tres primeros mártires estudiantiles de la década del '60 hayan sido comunistas, “*reforzó notoriamente la idea del comunista como modelo de ser humano, como ejemplo de entrega total, como síntesis de lealtad y sacrificio personal, como sabia combinación entre el desarrollo personal (afectivo, laboral, intelectual) y la generosidad social*” (Silva Schultz 2009: 89).

Esta importancia dada a las definiciones ideológicas vendrá a aportar una orientación para el análisis de la información obtenida: a partir del señalamiento de algunos temas claves para los y las excomunistas, analizaré el deber ser actual, el ser

actual, los cambios y las continuidades que ha tenido con respecto a cuando eran comunistas.

Los temas clave que surgieron de una primera lectura de la información fueron: la libertad, la democracia, el regreso del individuo y la relación entre la vida militante y la vida extramilitante. A continuación se presentará el primer análisis en torno a la libertad.

Los y las excomunistas y la libertad.

La URSS funcionó, utilizando palabras de Silva Schultze (2009), como una utopía territorializada. Así, ese devenir con un punto de llegada que era para los comunistas la historia, mostraba que había quienes, en el mundo, ya habían transitado más y estaban más cerca de ese punto. De esa forma, para una identidad política que se basaba en lo que estaban convencidos era una ciencia, y en base a ella actuaban, el que un país presentara la empiria necesaria implicaba reafirmar las hipótesis vinculadas al devenir histórico: *“en el imaginario comunista la URSS fue el espacio del futuro, la geografía de la realización de lo posible”* (Silva Schultze 2009: 159). A su vez, la siguiente cita de Arismendi muestra la operación lógica que se realizaba para señalar a la experiencia soviética como la confirmación científica del acierto de la ciencia del marxismo-leninismo: *“la historia ha recorrido los itinerarios previstos por Marx, Engels y Lenin”* (Silva Schultze 2009: 163).

Los y las comunistas y excomunistas coinciden en seguir aplicando, en su mayoría, el método pretendidamente científico para analizar la nueva empiria que irrumpió en el escenario mundial: la Perestroika y la posterior desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En ese sentido se puede subrayar un rasgo propio de las identidades comunistas: el científicismo estuvo por encima de la posibilidad de, mediante estrategias teóricas y discursivos, tratar de justificar rápidamente lo ocurrido en la URSS para que no se descascarara la teoría en la que se apoyaba el PCU. Así, no solo y naturalmente los excomunistas decían y dicen que era necesario analizar las implicancias de los fenómenos que ocurrieron en la URSS y Europa del Este, sino que actuales comunistas, que tuvieron un rol central en la ruptura y posterior reconstrucción del PCU también lo afirman: *“antes de tirar todo y de romper todo y de pasar a ser el Partido del Socialismo Democrático¹³, poner a analizar realmente qué era lo que había pasado. Es decir, invitarnos a todos a una reflexión*

¹³ Se refiere a los planteos de los llamados “renovadores” en la crisis partidaria.

dolorosa, difícil, pero que implicaba un proceso de debate y de estudio que no se dio” (Marina Arismendi¹⁴).

Pues bien, para los y las excomunistas, la caída del llamado “socialismo real” implicó poner en cuestión el tema de la libertad. Esto por oposición a la crisis partidaria, donde lo que preponderantemente se pone sobre la mesa es la cuestión de la “democracia”, y no la primera. Así, en base a lo ocurrido en la URSS se discute sobre la libertad, y en base a lo ocurrido internamente se discute sobre la democracia¹⁵. La siguiente cita ejemplifica la división planteada y la preponderancia del enlace que en su reflexión hacen los comunistas entre la evaluación de lo ocurrido en el socialismo real y la libertad: *“revalorización tremenda de la libertad y la democracia, que yo por lo menos ya lo empecé a vivir con la Perestroika”* (E. 5).

“El otro gran tema de revisión, en aquel momento como comunista, ahora como frenteamplista y hombre de izquierda, es que nada es sustentable si no tiene una base que es la libertad” (E. 3). Así, el entrevistado trata sobre la sustentabilidad en referencia a la evidente in-sustentabilidad de los regímenes socialistas tal y como existieron durante buena parte del siglo XX. De esta forma, la cuestión de la libertad aparece, para algunos excomunistas, como una condición indispensable para la construcción de una sociedad alternativa. No obstante, lo anterior no solo es señalado como una cuestión necesaria, sino también deseable, en el entendido de que aún pudiendo construir un proyecto alternativo sin hacer hincapié en la libertad, no lo consideran la mejor forma de cambiar el estado actual de cosas.

Hasta aquí fue tratado el problema de la libertad en el plano del “deber ser” (ideal). Sin embargo, la siguiente cita muestra como desde ese plano, los y las comunistas y excomunistas en seguida traducen elementos al nivel del “ser” (o material) de su práctica política: *“hoy [tenemos] una izquierda mucho más libre y anarca (...) las discusiones son mucho más libres, es menos previsible. En el viejo Partido era casi imposible que alguien dijera que no estaba de acuerdo con el informe, o con levantar la huelga general, por ejemplo”* (E. 4). Así, un cambio en el deber ser sigue implicando,

¹⁴ Cuando se transcriban palabras de las entrevistas realizadas, se señalará el nombre del entrevistado en la medida en que su posición aporte al entendimiento de lo expresado. En caso contrario, se señalará solo el número del entrevistado.

¹⁵ Esta división exterior-libertad, interior-democracia es una simplificación realizada para ordenar el análisis. Prudente es señalar que ambos temas se vincularon entre sí y fueron disparados por sucesos de diverso tipo. Sin embargo, y a grandes rasgos, las reflexiones sobre la libertad aparecen referidas al socialismo real, y aquellas sobre la democracia al proceso interno del PCU y la UJC.

por el proceso lógico explicado en el apartado anterior, un cambio en las acciones sobre la realidad material, ya que, la misma entrevistada señala estos rasgos como deseables. La cita anterior permite el tratamiento del siguiente punto que aquí se presentará: los y las excomunistas y la democracia.

Bibliografía.

ALEXANDER, J. (1994) *El vínculo micro-macro*. México: Universidad de Guadalajara.

ALMOND, G. Y VERBA, S. (1963) "La cultura política" en *Diez textos de textos básicos de Ciencia Política*. España: Ariel.

ARGONES, N y MIERES, P (1989) "La polémica en el Frente Amplio" en Cuadernos del CLAEH N° 49, Montevideo: CLAEH.

BATTHYÁNY, Karina y CABRERA, Mariana (coord.) (2011) *Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales. Apuntes para un curso inicial*. Montevideo: Universidad de la República.

BAUMAN, Zygmunt (2001) *Identidad*. Buenos Aires: Losada.

BAYCE, Rafael (1989) *Cultura política uruguaya. Desde Batlle hasta 1988*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.

BEISSO, Rosario y CASTAGNOLA, José L. (1989) "Identidades sociales y cultura política" en *Cuadernos del CLAEH N° 44*. Montevideo: CLAEH.

BIZBERG, Ilán (1989) *Individuo, identidad y sujeto en Estudios sociológico VII*. El Colegio de México. México: Centro de Estudios sociológicos.

CASTELLS, Manuel (2001) *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Vol. II. México: Siglo XXI.

CHOUHY, Cecilia (2006) *Construyendo lo político: política, participación e identidad. Una mirada a los jóvenes frenteamplistas*. Monografía de Grado. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales. UdelaR.

CORBETTA, Piergiorgio (2007) *Metodología y técnicas de investigación social*. España: McGRAW-HILL/INTERAMERICANA DE ESPAÑA.

DE GIORGI, Ana Laura (2011) *Las tribus de la izquierda. Bolches, latas y tupas en los 60*. Montevideo: Fin de Siglo.

DUBET, François (1989) "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto" en *Estudios Sociológicos, VII 21*; El Colegio de México. México: Centro de Estudios Sociológicos.

DURKHEIM, Emile (1993) *Las formas elementales de la vida religiosa*". Cap. 7. España: Alianza Editorial.

GARCÉ, Adolfo (2012) *La política de la fe. Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU 1985-2012*. Montevideo: Fin de Siglo.

- GIDDENS, Anthony (1997) *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Ediciones Península.
- GIMÉNEZ, Gilberto (1992) “*La identidad social o el retorno del sujeto en sociología*” en *Identidad Social*; México: UNAM.
- GIMÉNEZ, Gilberto (1997) *Materiales para una teoría de las identidades sociales*; Instituto de Investigaciones Sociales; México: UNAM.
- HONNETH, Axel (1997) *La lucha por el reconocimiento*. Madrid: Ed. Crítica – Grijalbo Mondadori.
- LANZARO, Jorge (2004) “*La izquierda se acerca a los uruguayos y los uruguayos se acercan a la izquierdas. Claves de desarrollo del Frente Amplio*”; en J. Lanzaro (Comp): *La Izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*; Montevideo: Fin de Siglo.
- LEIBNER, Gerardo (2011) *Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Tomos I y II. Montevideo: Trilce.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1981) “*La identidad*”; España: Ediciones Petrel.
- MARGEL, Geysner (2010) “*Desentrañar el sentido del trabajo. Hacia la comprensión de las configuraciones identitarias laborales*”; México: El Colegio de México.
- MARGEL, Geysner (2009) “*La demanda de trabajo sociológico y los públicos. ¿Qué sociología y para quienes?*”; en *El Uruguay desde la Sociología VII*. Montevideo: Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República. pp. 61-72.
- MARKARIÁN, Vania (2010) ‘*Ese héroe es el joven comunista*’: *violencia, heroísmo y cultura juvenil entre los comunistas uruguayos de los sesenta*. Aceptado para publicación en la revista “*Estudios interdisciplinarios de américa latina y el caribe*”, volumen 21, nº2, Universidad de Tel Aviv.
- MEAD, George H. (1982) *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. España: Editorial Paidós.
- RUIZ, Esther y PARIS, Juana “*Ser militante en los sesenta*” en BARRÁN, José Pedro, CAETANO, Gerardo y PORZECANSKI, Teresa (1998) *Historias de la vida privada en Uruguay*. Tomo III. Montevideo: Taurus.
- RUIZ OLABUÉNAGA, José (2007) *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- SAXLUND, Ricardo (1983) “*Estos jóvenes 63 de nuestro Partido*” en Revista “*Estudios*” nº 87. Montevideo: Partido Comunista de Uruguay.

SILVA SCHULTZE; Marisa (2009) *Aquellos Comunistas. (1955-1973)*. Montevideo: TAURUS.

SCAGLIOLA, Miguel (2005) *La política como modo de vida : un estudio de la militancia comunista de los años 1968/1973 desde la cultura política*. Monografía de Grado. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales. UdelaR.

TARRÉS, Maria Luisa (1992) "*Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva*"; Estudios Sociológicos; México.

TAYLOR, S. J. y BODGAN, R. (1986) *Intrdocción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Buenos Aires: Paidós.

TURIANSKY, Wladimir (2010) *Los comunistas uruguayos en la historia reciente 1955 1991*. Montevideo: Fin de Siglo.

URAWOY, Michael (2005) "*Por una sociología pública*"; American Sociological Review, 70(Febrero); Estados Unidos; pp. 197-225.

VALLES, Miguel (1999) *Técnicas cualitativas de investigación Social*. Madrid: Síntesis.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene coord. (2006) *Estrategias de la investigación cualitativa*. España: Gedisa - Biblioteca de Educación.

WEBER, Max (2006) *Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid: Alianza editorial.